

cion no se tiene en Occidente un concepto exacto, y pudiera decirse, ni aun aproximado.

Tambien acerca de estos profundos subterráneos refieren los musulmanes varias fábulas, invenciones de su ardiente fantasía, que creo debemos nosotros omitir; siendo, por ejemplo, una de ellas que allí se conserva el peso con que al fin del mundo han de ser pesados los pecados de los hombres. Lo que hay de cierto es, que en esta mezquita, en la parte correspondiente al átrio del templo, se señala el lugar en que estaba la habitacion que ocuparon la Virgen, San José y el Niño, despues de haber presentado á este en el Templo: y entónces era cuando, debemos añadir nosotros, iba María á lavar los pañales del Niño Jesus en la fuente de Siloe, conocida hoy con el nombre de la Fuente de la Virgen. Concluyamos sentando, que los dos edificios principales que se levantan sobre la extensa esplanada, templo un día de Salomon, son la Mezquita de Omar, y la Mezquita El-Aksa; que la primera abraza en su seno la roca de *Moria*, ó sea el *Sancta-Sanctorum* del templo, y la segunda el lugar en que el Niño Jesus fué presentado por su Madre en el templo.

II.

Varias veces, y cada vez con mayor recogimiento, habia yo recorrido *la Via dolorosa* y *la Calle de la Amargura*, que es la continuacion de *la Via dolorosa*, pero no me habia dedicado á estudiarla hasta el presente instante. Cuando concluimos de visitar las ruinas del templo de Salomon con los dos célebres edificios que sobre ellas nacen, la mezquita de Omar y la mezquita El Aksa, me despedí de todos los que componian nuestra pequeña caravana, y saliendo á la puerta de *San Estéban* fray Manuel Yuvero, el dragoman Rafael y yo, comenzamos á recorrer el verdadero *Via Crucis*, el mismo que pisó con sus piés y regó con su sangre Jesus, y á tomar nota de esta santísima y conmovedora calle. Sabido es que la primera estacion se verificó cuando leyeron á Jesus la sentencia de muerte, cuando lo azotaron y cuando lo coronaron de espinas; todo esto se verificó en el Pretorio, es decir, en casa de Pilatos, hoy cuartel del ejército turco; y como si bien no es imposible, no es tampoco fácil entrar en aquel cuartel, los peregrinos celebran la PRIMERA ESTACION en la calle junto á la Escala Santa; es decir, junto á la señal donde estuvo aquella *escala*, pues *la escala* fué trasladada como ya dijimos por Santa Elena á Roma. La SEGUNDA ESTACION, que es donde pusieron á

Cristo la cruz á cuestras, se celebra en la misma *es-
cala*; porque allí fué igualmente donde cargaron
sus hombros con aquel misterioso madero, símbo-
lo material de las constantes prevaricaciones cri-
minales, que entre los horrores de la más cruda
agonía llevó al Calvario para purificarlas allí con
el crisol del martirio el Hombre-Dios. En este
punto comienza esta insigne calle á llamarse *la
Via dolorosa*. Caminando por *la via dolorosa* tres-
cientos ocho pasos, llegamos á un punto en que á
la izquierda se ve el fuste de media columna cai-
do en tierra, tocando con uno de sus extremos á
la casa inmediata y enterrada en toda su largura
hasta la mitad de su diámetro; esta columna de-
termina el verdadero punto en que *Jesus cayó por
primera vez con la cruz á cuestras*, ó sea la TERCE-
RA ESTACION. Andando desde aquí cincuenta y
cuatro pasos, encontramos, también á mano iz-
quierda, una calleja, que por medio de un arco de
medio punto desemboca en *la Via dolorosa*: el día
horrendo, el día agosto, el supremo día, en que
los cielos y la tierra estaban fijos en la escena que
se representaba en aquella angosta calle; en aquel
momento indescriptible, en que los gritos del pue-
blo judío y los clarines de las tropas romanas, y el
ruido de las armas y de las armaduras, y el relin-
char de los caballos inundaban los aires en Jeru-
salem; en aquel momento, grabado con divino bu-
ril, no solo en la tierra, sino en la tierra y en el
cielo; no solo en el tiempo, sino en la eternidad,

bajaba por aquella pendiente calleja la más pura,
la más santa de las mujeres, María Santísima, que
pisó la *Via dolorosa*, cabalmente al cruzar por allí
su Hijo con la cruz á cuestras. ¡Instante misterio-
so no fácil de comprenderse y difícil de explicar-
se...! La Eva del pecado buscó un día á Adam y
lo encontró entre las delicias del Paraíso; la Eva
de la gracia busca al Redentor del pecado y lo en-
cuentra caminando al suplicio entre las amarguras
del sufrir; las delicias del Paraíso dieron la muer-
te al hombre; las amarguras del Calvario dieron
al hombre la vida. El *encuentro de María con Je-
sus* constituye la CUARTA ESTACION. Aquí la calle
deja el nombre de *Via dolorosa* y toma el de *calle
de la Amargura*. Siguiendo por la calle de la Amar-
gura, se ve en otra calle que á ella afluye por la
izquierda, la magnífica casa del *Rico avariento*, de
aquel hombre crudo, de alma dura, que mientras él se
engolfaba en fastuosos banquetes, dejaba perecer
de hambre en su vestíbulo al infeliz Lázaro, fiel
fotografía de las generaciones posteriores... gene-
raciones engendradas en el orgullo y en la vani-
dad; generaciones en que el poderoso desprecia al
infeliz; en que el rico, aunque alguna vez socorra
al pobre, siempre lo hace con desden y con des-
precio. Cuarenta pasos más adelante del encuen-
tro de *Jesus y María*, se halla una piedra de me-
dio metro en cuadro, incrustada en la pared de la
izquierda; esta piedra marca el punto en que los
judíos, temerosos de que *Jesus muriera* antes de

llegar al monte del suplicio, alquilaron cierto hombre, que volvía de una granja, llamado *Simon*, natural de CIRENE, dicho por eso *Simon Cirineo*, para que le ayudase á llevar la cruz. Esta escena constituye la QUINTA ESTACION. Avanzando ciento veintisiete pasos, se cruza por delante de una pequeña casa, que se levanta también á la izquierda de la calle; en aquella casa, ó en el solar en que aquella casa se levanta, vivía una piadosa mujer, que viendo á Jesus en tan lastimoso estado, y sintiendo tal vez intuición prodigiosa de su inocencia y de su celestial misión, despreciando el gentío y los soldados y los caballos, dobló una rodilla en tierra, y con fino lienzo le enjugó el rostro; el rostro que quedó estampado en aquel paño, por lo cual se llamó desde entonces á aquella mujer La Verónica, la verdadera imagen. ¡Qué triste es la calle de la Amargura! ¡Qué solitaria se encuentra siempre! ¡Aún parece escucharse entre aquellas casas sin balcones, y algunas sin balcones ni ventanas, los alaridos que un día lanzó el pueblo judío; el eco de las trompas que abrían la comitiva; la ronca voz del pregonero, que de tiempo en tiempo publicaba una sentencia de muerte.... ¡Pueblo estúpido!.... ¡la sentencia de muerte de un hombre que no podía morir!.... Los peregrinos que á la Ciudad Santa acuden de todos los países del mundo, besan en diferentes puntos esa calle con verdadera devoción; porque esa calle.... esa calle casi sin sol, casi sin gente y casi sin ruido.... fué rega-

da con la sangre del Hombre-Dios; y los musulmanes, aquella raza de aspecto feroz, miran al cristiano rendir culto de esa manera á su religión, y no lo insultan, y no lo molestan, y no lo impiden; antes al contrario, lo contemplan con respeto, casi casi con devoción. Continuando noventa y cinco pasos más allá, se llega á la *Puerta Judiciaria*; aquí cayó segunda vez Jesus con la cruz á cuestas, y esta segunda caída constituye la *sétima estación*.

Hoy la «Puerta Judiciaria» es un túnel ojival de diez ó doce pasos de largo, como hay muchos en Jerusalem. En tiempo de Jesucristo se abría esta puerta en la muralla occidental de la ciudad; así es que por ella se salía ya al monte, y subiendo una pendiente cuesta se llegaba al cabezo donde quitaban la vida á los reos, llamado Calvario ó Gólgota, por las muchas calaveras que allí iban quedando á fuerza de tiempo. Entonces se levantaba junto á la Puerta judiciaria una columna, en la que colgaban ciertas tablillas con la sentencia del reo ó reos que iban á crucificar, y en la que también colgaron *la sentencia de Cristo*. Hoy Jerusalem ha ensanchado su circuito, abarcando dentro de sus nuevas murallas el Santuario que contiene el Calvario y el Santísimo Sepulcro. Aunque construyeron hace muchísimos años frente á la Puerta judiciaria calles enteras, se veía la columna de la sentencia incrustada en la pared de una casa; pero en el de 1875 en que arreglaron esta

casa, tuvieron el mal gusto ó la mala intencion de hacerle desaparecer, al ménos de la vista del público, si bien colocaron en el lugar que ocupaba, la siguiente inscripcion: *Porta judiciaria.—Columna ubi affixa fuit sententia mortis de N. S. J. C.* 1875.—*Ita traditur.* «Puerta judiciaria.—Columna donde se fijó la sentencia de muerte de N. S. J. C. Año 1875.—Así lo asegura la tradicion.» Por manera que tan luego como Jesucristo paso con la cruz á cuestras por la Puerta judiciaria, se encontró ya fuera de la ciudad y comenzó á subir el pedregoso monte, cuya cima era el cabezo llamado «Calvario.»

Andando cuarenta y nueve pasos se llega al punto señalado con una piedra incrustada en la pared, en el que ya, entónces escarpado sendero, se volvió hácia las piadosas mujeres que al verlo en un estado tan triste, lloraron amargamente y se condolieron de él, ante cuyas mujeres pronunció una terrible sentencia, diciéndoles: «Hijas de Jerusalem, no lloreis sobre mí; ántes llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos; porque vendrán dias en que dirán: «Bienaventuradas las estériles y los vientres que no concibieron y los pechos que no dieron de mamar.» San Lúcas, cap. 23, vs. 28 y 29. Que diga el pueblo judío si se cumplió la sentencia que contra él y contra su ciudad pronunció Jesucristo cuando con la cruz á cuestras caminaba hácia el Calvario. Este encuentro forma la *octava estacion.* Como no se puede

llegar hoy al Calvario por esta calle, que fué el camino que llevó Jesus, porque no tiene salida, se vuelve algunos pasos atrás, se toma otra á la derecha y siguiendo trescientos cuarenta y un pasos desde el encuentro con las hijas de Jerusalem, se va á parar por calles estrechas y sinuosas á la espalda del templo del Santísimo Sepulcro, junto á cuya pared se ve clavada en el suelo y reclinada en ella una columna, la cual señala el punto donde *cayó Cristo tercera vez* con la Cruz á cuestras y constituye la novena estacion.

Creo haber dicho varias veces á mis lectores, que el templo que construyó Santa Elena, no solo comprende dentro de sí el Santísimo Sepulcro, sino tambien el Calvario y algunos otros lugares de místico recuerdo: pues bien; las cinco estaciones restantes, desde la novena hasta la catorce, que es la última, se encuentran hoy dentro del templo, para penetrar en el cual desde la novena estacion, ó sea la tercera caída de Jesus, se hace forzoso cruzar algunas calles é ir á la puerta del Santuario. Dentro del Santuario ya, se sube la escalera de diez y ocho peldaños, que conduce á la cumbre del Gólgota, y en medio de aquel religioso silencio, y en medio de la solemne luz que despiden cincuenta y seis lámparas, que arden dia y noche, se halla el lugar en que *los soldados romanos desnudaron á Jesus*; un roseton incrustado en el suelo señala aquel punto; y aquel momento de la pasion de Cristo, constituye la décima esta-

cion. A cuatro pasos de este roseton se ve otro mayor, de mosaico, tambien incrustado en el Pavimento, el cual indica otro momento de la pasion de Cristo, el punto en que el Redentor del género humano fué clavado en la cruz, ó sea la undécima estacion. A seis pasos de este venerable punto se abre el agujero donde, clavado ya Cristo en la cruz, enarbolaron ésta, para que espirando allí el Señor de la tierra y de los mares, de los astros del dia y de la noche, del tiempo y de la eternidad, quedaran cumplidas las profecías, muerta la ley antigua, viva la ley de gracia y verificada la redencion del género humano. Esta es la duodécima estacion. ¡Santo monte Calvario..... el instante en que yo imprimí mis lábios en tu cumbre, ha sido el instante más venturoso de mi vida! La estacion décimatercia tiene lugar en el mismo punto, pues consiste en el descendimiento de la cruz, y la décimacuarta y última se verificó al dar sepultura en el sepulcro de José de Arimatea al Santísimo cuerpo de N. S. Jesucristo. Desde el primer peldaño de la escalera que sube al Calvario, dista cincuenta y dos pasos el Santísimo Sepulcro, punto objetivo de todas las peregrinaciones á Tierra Santa; plácido recinto de meditacion, donde el alma del cristiano se eleva insensiblemente en alas de la meditacion á regiones celestiales: donde entre el perfume de la oracion se siente bajar del cielo el espíritu divino á infiltrarse en el espíritu humano.

Resumiendo todo lo dicho sobre el Via crucis para mayor claridad, tenemos: que la via dolorosa comienza en la pared de la casa de Pilatos, hoy cuartel, donde se conserva la señal de la *Escala Santa*, y termina en el lugar en que María encontró á Jesus, que aunque es la misma calle, deja allí el nombre de Vía dolorosa, para tomar el de la calle de la Amargura; que en aquel tiempo concluia la ciudad de Jerusalem en la Puerta Judiciaria, y por lo tanto, que el trayecto que media desde dicha Puerta Judiciaria hasta la cima del Gólgota era un monte yermo y solitario, si bien hoy lo ha invadido la poblacion; y por último, que de las catorce estaciones, nueve se encuentran en la calle y cinco dentro del templo del Santísimo Sepulcro. De modo que, segun resulta de mis medidas, tomadas con toda la escrupulosidad que me permitieron las circunstancias, Jesucristo anduvo con la Cruz á cuestas desde que se la cargaron en los hombros hasta que cayó en tierra la primera vez, trescientos ochenta pasos; desde que cayó en tierra la primera vez hasta que se encontró con su Santísima Madre, cincuenta y cuatro pasos; desde que se encontró con su Madre hasta que comenzó á ayudarle el Cirineo, cuarenta pasos; desde que comenzó á ayudarle el Cirineo hasta que la Verónica le limpió el sudor del rostro, ciento veintinueve pasos; desde el encuentro con la Verónica hasta que cayó segunda vez, ó mejor dicho, hasta que por la Puerta Judiciaria salió de la ciu-

dad deicida, noventa y cinco pasos; desde que salió de la ciudad hasta que se encontró á las piadosas mujeres que lloraron por él, cuarenta y nueve pasos, y desde que se encontró con estas mujeres hasta que subió á la cumbre del Calvario, doscientos noventa y dos pasos. Por manera que el Salvador del mundo anduvo con la Cruz áuestas dentro de la ciudad, ó sea en la calle de la Amargura, comprendiendo la Vía dolorosa, seiscientos setenta y tres pasos; desde la Puerta Judiciaria hasta el Calvario, ó sea por el monte fuera ya de poblado, trescientos cuarenta y un pasos, y en todo el trayecto que atravesó con la Cruz áuestas, es decir, desde el Pretorio, donde se pusieron en hombros, hasta la cumbre del Calvario, donde se la quitaron para consumir inconscientemente la redención del género humano, mil catorce pasos. Estas medidas deben considerarse aproximadas.

III.

Aún me faltaba ver en Jerusalem un lugar venerando, que así como la mezquita de Omar, no á todos los peregrinos enseñan: yo he hablado con muchos de diferentes naciones que no lo han visto. A pesar de que no me he ocupado aún detalladamente del templo del Santísimo Sepulcro, mis lectores sabrán, porque ya repetidas veces lo he

dicho, que allí nada se conserva en su estado primitivo, pues que Santa Elena primero, los cruzados despues, y despues algunos reyes de España y otras naciones, han cubierto aquellos predilectos lugares con planchas de finísimo mármol, ya por darles más veneracion, separándolos de la vista del hombre, y ya por conservarlos, evitando que los viajeros los destruyan y acaben arrancando pedazos más ó ménos pequeños para llevárselos consigo á su país; á consecuencia de estas medidas el monte Calvario, que no es mas que una gran roca, en que termina el Monte Akra, sobre cuyo monte se halla fundada la mayor parte de Jerusalem, aparece todo el revestido de mármol, no descubriéndose al natural mas que el agujero en que estuvo clavada la cruz de Cristo, y una de las grietas que se abrieron en la peña al exhalar Jesus el último suspiro; cuya grieta, retirando á un lado un liston de plata, que gira sobre uno de sus extremos, se descubre, aunque muy en confuso, por la estrechez del liston. Pues bien: yo que con tanto placer y con tanto empeño estudié cada uno de los Santos Lugares; yo que ántes de comenzar mi viaje sabia que existe un punto por donde se ve y se toca la roca del Calvario en su estado primitivo, manifesté desde el momento de mi llegada á los frailes españoles, «que tenia formal empeño en ver y tocar aquel punto reservado.» Siempre amables conmigo los frailes de Tierra Santa, me contestaron: «Que pedirian permiso para ello á los griegos,

que son los que tienen la protección y la llave de esa roca viva del Calvario, á cuyo recinto llaman "La capilla de la Calavera de Adam, ó la sepultura de Adam." Pasaban días y días y yo me impacientaba. Mi carácter de "Comisionado del Gobierno español," me permitió comprender desde luego el antagonismo que reina entre los griegos y los católicos, y no me fué difícil adivinar que este antagonismo era la causa de aquel retraso. Resuelto, sin embargo, á no salir de Jerusalem sin ver y tocar la roca del Calvario en su estado primitivo, dije, á mi amigo fray Manuel Yuvero:— "Esta tarde, á fin de evitar la justa repugnancia que á vdes. causa pedir permiso á los griegos para ver el Calvario, se les pediré yo, que no tengo inconveniente en ello. El se empeñó en acompañarme; nos dirigimos los dos con tal demanda al guardian griego, y el guardian griego se manifestó tan atento con nosotros, que en vez de dar la orden al sacristan, como esperábamos, de que nos lo enseñara, él mismo nos entregó velas encendidas, él mismo tomó una, y él mismo se dirigió con nosotros hácia aquel santo é histórico lugar. Así que varios frailes, así que varios peregrinos y algunos árabes cristianos se dieron cuenta de que iba á abrirse. "La capilla de Adam," lo que se verifica muy de tarde en tarde, corrieron presurosos hácia ella; el guardian griego, dirigiéndose al muro, que se levanta dentro del templo á pocos pasos y á derecha de la puerta de entrada, muro que en-

torna al Calvario, mandó á unos dependientes de su secta, que desarmaran una mesa de altar, que allí se alzaba con muchos adornos; desarmada la mesa, mandó abrir una puerta de hierro muy baja, y abierta la puerta, entramos todos en una pequeña y oscura gruta: como á mí iba dirigido el obsequio, yo entré el primero, yo ocupé el sitio de preferencia, y á mí me dirigía la palabra el guardian griego en lengua francesa. Aquella cueva abierta por la naturaleza en el monte Calvario, inspira recogimiento y pavor. Mide dos metros próximamente de profundidad, y para penetrar en ella hay que inclinar la cabeza porque su altura no llega á la de un hombre; la roca que allí se ve, es la verdadera roca del Gólgota; sin nada que la adorne, sin nada que la cubra, sin nada que la desfigure, y hoy se encuentra tal como se encontraba en el momento en que sobre ella espiró el Hijo de María, el Hombre-Dios, el Salvador del mundo. En aquella roca se vé y se toca, yo la ví y la toqué, una grieta que tendrá media vara por su parte más ancha, grieta profundísima que de arriba á abajo corta todo el monte; grieta misteriosa que marcha de Oriente á Occidente; grieta expresiva, fuente de reflexiones; como esta es la grieta que se abrió en el terrible sacudimiento que experimentó la tierra cuando Jesus despues de pronunciar su última palabra, exhaló el postrimer suspiro!

¿Por qué á aquella gruta llaman la tumba de Adam? Escuchemos una tradicion hebráica, gene-

ralizada en todo el Oriente y sostenida por varios Santos Padres. «Antes de entrar Noé en el arca, se dice que repartió entre sus hijos Sem, Cam y Jafet, los huesos de Adam, que conservaba como el tesoro más querido del mundo; y en este repartimiento tocó á Sem la calavera por ser el primogénito. Cuando la familia de Noé salió del arca despues del diluvio, Sem, que se cree no es otro que Melkisedec, fundó á Jerusalem, y en la roca más alta enterró, como quien allí deposita su gran tesoro, la calavera de Adam. Trascurrió el tiempo, y Dios que en sus inescrutables designios, que en su inmensa sabiduría dispone las cosas de la manera más conveniente y por los medios al parecer más naturales, quiso que en aquella roca se plantara más tarde el árbol de la redencion del género humano, la cruz en que murió Cristo. Al exhalar Cristo el postrimer suspiro tembló la tierra, se abrió el monte, la sangre de Jesus, penetrando por aquella requebraza, cayó sobre la calavera de Adam; y el género humano quedó limpio de su pecado con aquella sangre justa, desde el primer hombre que fué hasta el último hombre que será!» Esta tradicion se encuentra muy generalizada en Oriente, como hemos dicho; la sostienen Orígenes, San Agustin, San Ambrosio y otros, y de ella proviene la costumbre de colocar en la cruz debajo de los piés de Jesucristo una calavera, que representa la de Adam recibiendo la sangre de la purificacion universal. Se cree tambien que en aquella

santa gruta se halla sepultado Melkisedec, ó sea Sem, primer hijo de Noé. Yo confieso, que uno de los lugares que más respeto y más recogimiento infundieron en mi alma fué aquella veneranda gruta.

VIAJE A BETHLEM Y SAN JUAN.

Domingo 11 de Marzo.

Mi partida.—Estrella de los reyes magos.—Abacuc.—Desierto de Elias.—Sepulcro de Raquel.—Bethlem.—El portal de Bethlem.—El pueblo y la gruta de los pastores.—El desierto.—San Juan in montana.—Casa de Zacarias.—Capilla de la Visitacion.—El arbol con que se fabricó la cruz.—Batalla entre dos tribus de beduinos.

I.

Habiendo visitado ya si no todos, al ménos los principales lugares que contienen Jerusalem y sus alrededores, pensé en visitar Bethlem, tan célebre como Jerusalem. El camino de Jerusalem á Bethlem no ofrece peligro, y las dos leguas que median entre una y otra ciudad son pintorescas; pero en todos los paises que he recorrido de la Palestina, he observado una decidida tendencia á caminar